

*When history does not remember,
Adorno's rule in the internet age*

*Cuando la historia no recuerda,
el mandato de Adorno en la era de internet*



MIGUEL ÁNGEL JIMÉNEZ

*Revista Paideia 116 (2021),
págs. 109-122. ISSN: 0214-7300*

RECIBIDO: MAYO 2021
APROBADO: MAYO 2021

RESUMEN

Este trabajo intenta hallar respuestas de cómo el enorme incremento, desarrollo y aumento de acceso de la tecnología en las últimas dos décadas no ha sido suficientemente eficiente en la transmisión de memoria e historia en experiencias traumáticas. Con el fin de hallar un conocimiento más profundo este artículo inicia un análisis del imperativo categórico de que Auschwitz no se repita e intenta establecer si existe una relación directa entre la disponibilidad de enormes cantidades de información sobre hechos históricos y la recordación. El cumplimiento de la demanda de Adorno depende de la disputa entre el nivel de conocimiento y comprensión de la historia. El auge de la tecnología de la información y comunicación representa un desafío para el conocimiento y comprensión de la historia en el presente y el futuro.

Palabras clave: Memoria, historia, memoria histórica, olvido, Holocausto, distorsión histórica, negación del Holocausto, Guerra Civil Española, tecnología, Verdrängung, Internet, redes sociales, archivo.

ABSTRACT

This paper tries to find answers to the question why the immense increase, development and access to technology in the last two decades has not been able to assure the efficient transmission of memory and history of traumatic experiences. In order to reach deeper understanding this paper starts analysing Adorno's categorical imperative which demands not to repeat Auschwitz and tries to establish if there is a direct relationship between the disposal of huge amounts of information about historical events and its remembrance. The observance of Adorno's requirement struggles with problems of the level of knowledge and understanding of history that are at the bottom of this question. The arise of communicational and informational technology represents a challenge for the present and future of historical knowledge and understanding

Keywords: Memory, history, remembrance, forgetting, historical distortion, Holocaust, Holocaust denial, Spanish Civil War, technology, Verdrängung, technology, Internet, social media, archive.

1. El nuevo imperativo categórico de Adorno

En 1966 Theodor W. Adorno formula en el primer capítulo de su *Dialéctica Negativa* (Adorno, 1984) la pregunta si aún era posible hacer filosofía después de Auschwitz, el pensador alemán ejercía la acusación contra la promesa rota de la filosofía por no haber culminado el proceso de identificación entre la especulación metafísica y la realidad misma o, al menos, estar involucrada en el proceso productivo de la misma. Adorno denuncia como la historia, promovida por Hegel, se desentiende de todo aquello que no ha sido procesado conceptualmente, mostrando una indiferencia, incluso desprecio, frente a lo particular y especial, ámbitos en los que se desarrollan las vidas efectivamente, y en lo que realmente reside una parcela de máximo interés que queda desamparado por parte de la especulación historiográfica arraigada en Platón. Según el filósofo de Fráncfort esta tradición ignora el hecho de que la procedencia de los contenidos conceptuales se sitúa fuera de los propios conceptos y que estas unidades transaccionales han sido elevadas y asumidas como prioridades por delante del propio valor que recogen y reelaboran. Adorno llega a hablar de la desmitologización del concepto como antídoto para la filosofía que se ha sustanciado en una dialéctica positiva que, para él, después de Auschwitz, se muestra absolutamente insensible y más bien constituye una *charlatanería e injusticia para las víctimas* de la historia por no atender a sus sufrimientos y el horror inenarrable padecido. Aunque Auschwitz no constituya el primer episodio de barbarie en la historia de la humanidad, sí es cierto que, sin embargo, inaugura un salto cualitativo nunca antes experimentado en cuanto a la intensidad y morfología del miedo. Adorno alude al anuncio como los *sátricos* anunciaban a sus víctimas que *serpentearían* como humo de aquella chimenea en el cielo se equipara a la abstracción de las víctimas de carne y hueso, quedando reducidas en ambos casos en una masa homogeneizada e indiferenciada. Como si la muerte no fuera suficiente y se recurriera a una estancia aún más radical, si cabe, como la negación de cualquier vestigio de individuación. Tal como el efecto causado por aquellas imágenes proyectadas en los juicios de Núremberg que mostraban montañas de cuerpos deformes imposibles de concebir, pilas de

cadáveres despersonalizados en forma de amasijo indiferenciado, negaban la vida concreta que, no hacía tanto, había poblado esos cuerpos con toda su amplia riqueza de matices, así, comenzó la historia a relatar los terribles hallazgos sin penetrar en su infinita variedad poliédrica y que a duras penas tenía cabida en el aparato conceptual aún menos sensible de la metafísica. Quizás esta evolución en el reconocimiento de esa diversidad dinámica subyacente al andamiaje más estático del concepto metafísico, haya llevado a Adorno a reconsiderar su posicionamiento sobre si está permitida la poesía y la filosofía después del Holocausto, y otorgarle su espacio como voz de los ausentes y de lo perdido. La propuesta de la dialéctica negativa parte de una razón que ha vivido el *shock* de los campos de concentración y que tiene que pensar en contra de sí misma. El pensador de la Escuela de Fráncfort critica que la cultura yerra y triunfa a la vez al conseguir suprimir los instintos naturales asociados a determinados actos o vivencia como ejemplifica en la anécdota del *hostelero Adán*, que delante de su hijo mata ratas de manera que la costumbre de presenciar dicho acto repetitivo acaba normalizando y asumiendo esa violencia. La costumbre que deviene en un concepto cristalizado cada vez más acriticamente aceptado. Precisamente que Auschwitz se inscriba en una tradición *filosófica, artística y científico-ilustradora* le provoca a Adorno la sensación de que el espíritu de la misma no acabe prendiendo en los que posibilitaron Auschwitz. Pero, quizá, haya otras alternativas que puedan resultar como mínimo igual de inquietantes, a saber: que el Holocausto sea un efecto secundario no previsto o incluso el estadio más radical de la senda iniciada en la Ilustración. Para Adorno no puede haber ninguna autoridad que reivindique valores, razones o subterfugios que expliquen, razonen o justifiquen el Holocausto más allá de la religión que profesa el superviviente, la religión de trincheras. En este contexto Adorno nos plantea el nuevo imperativo categórico que impone que Auschwitz no se repita porque *desde Auschwitz la muerte significa temer algo peor que la muerte.*

2. La fallida construcción sobre la historia

El nuevo imperativo categórico, que Auschwitz no se repita, queda pues enunciado, pero el problema que se plantea ahora es sobre qué fundamentos debemos construir su ejecución. A menudo, en este contexto, se suele incluir la cita: *Those who cannot remember the past are condemned to repeat it* (Santayana,

1954). Este posicionamiento convertido en mantra nos remite a una postura epistemológica que se sustenta sobre una especie de variación de la fórmula del imperativo categórico kantiano, que da por hecho, que quien maneja la información histórica, se va a ver impelido, de forma necesaria, a poner en marcha cualquier procedimiento que conduzca a la evitación de la repetición de Auschwitz. Esto nos situaría en la tesitura de que la aceptación de este razonamiento implicaría que a mayor acceso a y acumulación de la información histórica, mayor resulta la extensión y profundidad del conocimiento que, por tanto, habilita a las sociedades a detectar, prevenir y paralizar procesos que pudieran conducir a la repetición de escenarios propios del universo concentracionario y que, de facto, este manejo de información obligara, sin margen de maniobra, a paralizar la repetición de Auschwitz.

Precisamente, el auge que ha experimentado la tecnología de la información en las últimas dos décadas con la aparición y desarrollo de internet y las redes sociales y que se traduce en una mayor capacidad de acceso inmediato y sincronizado a todo tipo de datos, entre ellos, históricos y la aplicación de estas mismas en ámbitos domésticos, pedagógicos y científicos, presumiblemente se podría traducir en un aumento o profundización del conocimiento derivado de este uso. Si analizamos el informe DESI (European Commission, 2018) vemos que en la Unión Europea la era de la digitalización ha avanzado a pasos agigantados. El informe muestra, por ejemplo, una tasa del 76% de los hogares conectados a la red fija de acceso de datos, lo que quiere decir que la fuente de información histórica ya no procede exclusivamente del mundo académico o editorial y que además las posibilidades de acceso también aumentan de forma significativa. Para conocer el impacto que ha tenido el desarrollo y acceso de la tecnología de la información sobre el nivel del conocimiento del Holocausto, consultamos la encuesta sobre antisemitismo (COMRES, 2018) publicada en septiembre, también, del 2018. Constatamos aquí que, de las 7.092 personas encuestadas, en siete países europeos, el 67% afirma saber algo o mucho sobre el Holocausto. Esto nos deja frente a un preocupante dato de un 33% de los encuestados que dice saber poco o nada sobre el Holocausto. Pero, se podría aducir que el nivel de manejo digital no es homogéneo y que esto podría tener un impacto en el nivel de acceso de conocimiento para los encuestados en función de su edad y su grado de alfabetización digital. Cuando acudimos, sin embargo, a los resultados de estas encuestas vemos que la franja de edad de 18 a 34 años, que podemos prácticamente identificar con las generaciones nativas digitales,

se posiciona en el nivel más bajo declarado concerniente al conocimiento sobre el Holocausto y que este va aumentando en las otras dos franjas de edad consultadas, de 35 a 55 años y mayores de 55 años, respectivamente. Por lo que podemos concluir que un mayor uso de las tecnologías de la información no garantiza un aumento en adquisición de conocimiento. Pero además si cruzamos ambos estudios, nivel de conocimientos declarado y la accesibilidad de los hogares a las nuevas tecnologías, tampoco se puede establecer una conexión necesaria. Alemania, por ejemplo, figuraba con un 88% de hogares conectados a través de datos fijos en el tercer lugar del ranking DESI, apareciendo el primero de los países de la encuesta de la CNN y, sin embargo, los encuestados alemanes quedaban en quinta posición de los siete países preguntados. Al contrario, se halla el caso de Polonia, que en el listado DESI sobre la conectividad de los hogares se halla en el último lugar de los países encuestados sobre el Holocausto, y, aun así, se hallan en el segundo lugar de los países que declaran saber más. Es cierto que la encuesta de la CNN, básicamente se centra en el nivel cognitivo declarado de los propios encuestados que probablemente no tenga por qué coincidir con el nivel real del estado de la cuestión, pero sí puede ser tomado como un indicador del interés por la temática o de familiaridad experimentada tanto en ámbitos académicos formales como en contextos culturales en un nivel más personal ya sea a través del cine, la literatura o inquietudes de otra índole.

Si queremos, no obstante, centrarnos en datos de personas con un perfil cognitivo más científico y profesionalizado podemos recurrir al estudio que hicieron en el 2009 los profesores de la UCL (Pettigrew, y otros, 2009), donde examinaron la cualificación y práctica docente del sistema educativo en Inglaterra. Más de 2.000 profesores participaron en una encuesta online. En dicha encuesta participaron profesores de Historia, pero también profesores de otras materias que impartían, no obstante, temáticas relacionadas con Holocausto en sus asignaturas a lo largo de los 7 cursos que componen la etapa de secundaria en Inglaterra. Nos vamos a detener en tres de las preguntas, que se referían a hechos históricos relacionados con el Holocausto, y que se realizaron a los profesionales docentes en activo y cuyos resultados parecen significativos para reflejar el relato histórico en las aulas. Aunque el estudio comprende a profesores que impartían temas relacionadas con el Holocausto, solo consideraremos a los profesores de Historia al considerar que su preparación académica y científica está más especializada en datos históricos. El estudio revelaba, por

ejemplo, que tan sólo el 50% de los profesores de Historia era capaz de contestar a la pregunta de cuando había comenzado el asesinato masivo contra los judíos. Parece difícil de creer que desconocer el punto de inflexión exacto de la llamada solución final a la cuestión judía, que coincidió con el asalto a la Unión Soviética, pueda establecer una comprensión de la evolución y dimensión del sufrimiento de los judíos por parte de los alumnos. En la segunda pregunta que vamos a analizar, sólo, en torno al 27% de los profesores de historia supieron contestar correctamente acerca de las consecuencias que sufrían aquellos soldados de las fuerzas de ocupación nazi en los territorios de URSS cuando estos se negaban a participar en el asesinato masivo de los judíos. Saber que los soldados alemanes que rechazaban formar parte en los fusilamientos masivos de los judíos no eran sancionados, sino simplemente asignados a otras tareas, y que sus carreras profesionales no se veían influenciadas negativamente por tales decisiones, obliga prácticamente a recalibrar la cuestión de la percepción sobre la corresponsabilidad, la participación activa y el nivel de conocimiento que el pueblo alemán tenía sobre las atrocidades que se estaban llevando a cabo. En la última pregunta que vamos a considerar, se reducía a un 33% la cantidad de profesores de Historia que enmarcaban correctamente en el 1% la población de judíos en Alemania en 1933, año de la ascensión al poder del NSDAP. La correcta ponderación de la población judía sitúa en un contexto, si cabe, más inverosímil de la supuesta amenaza por parte de un grupo social tan pequeño.

El ejemplo de los profesionales de la educación que se declaraban mayoritariamente autodidactas en la enseñanza sobre el Holocausto, que contestaron a la encuesta, y que sin duda es exportable a otros contextos internacionales, referían que contaban con múltiples fuentes y materiales de las que se nutrían para configurar sus programaciones como películas, documentales, internet y packs elaborados por distintas organizaciones ligadas a conmemoración del Holocausto. Mayoritariamente, los profesores de Historia encuestados pretendían enseñar en base a hechos históricos y que de tal manera resultara un relato claro y objetivo. En consecuencia, podemos ver que, tanto en el proceso de documentación histórica como en el proceso de transmisión de la información histórica, el uso de muchas y variadas herramientas electrónicas y tecnológicas, parece, sin embargo, que el imperativo categórico adorniano tampoco puede fundamentarse exclusivamente en el conocimiento, ni en las tecnologías que lo facilitan, distribuyen y almacenan.

Negación, distorsión, contorsión analógica y digital.

Tal como cuenta Reinhard Rürup (Rürup, 2014), el que fuera durante años el director científico de la fundación Topografía del Mal, el trabajo de confrontación con el pasado nazi tardó varias décadas en ponerse en marcha y se encontró, sobre todo al principio, con duras resistencias. El clima social de los años inmediatamente posteriores a la guerra, no fue determinado por las víctimas del Holocausto y su sufrimiento, sino por aquellos que habían participado activamente en el Tercer Reich o, al menos, de manera silenciosa habían sacado provecho de forma directa o indirecta de sus acciones. Rürup menciona una encuesta que se realizó en las zonas ocupadas por los aliados occidentales en el año 1948 y donde el 57% de los encuestados afirmaba que el nacionalsocialismo, a pesar de todo lo vivido y conocido, les seguía pareciendo una buena idea, pero que se había llevado a cabo de forma nefasta. De hecho, a pesar de los procedimientos de desnazificación, hubo estamentos, como el Ministerio de Asuntos Exteriores o la judicatura, que ya bajo el mandato de Konrad Adenauer, contaban con un número de personal mayor que había estado afiliado al NSDAP, que el que había tenido en 1939.

Queda, pues, claro que en la Alemania occidental de la posguerra no se podría hablar de que hubiera un ambiente claramente predominante para plantearse acometer un imperativo categórico como propone Adorno. De hecho, Marco Brenneisen (Brenneisen, 2011), responsable científico de un pequeño memorial del Campo de Concentración Sandhofen, explica que los esfuerzos por recordar y hacer rememorar no son tan naturales como sí lo es el propio olvido. En la mayoría de los casos, cuando no se ha producido un trauma propiamente dicho, es bastante más frecuente el olvido que el recuerdo. El recuerdo exige un esfuerzo por mantener vivo el pasado. Brenneisen, que ha estudiado profundamente el movimiento memorialista en el suroeste de Alemania habla además de que existe esta tendencia al olvido que incluso es reforzada por la elaboración de estrategias de “Verdrängung”. El concepto de esta palabra tiene varias acepciones, pero las que más se adecúan a nuestro contexto son las de desplazamiento, expulsión, sustitución o, incluso, suplantación. El historiador nacido en Mannheim enumera los mecanismos más frecuentes como son la negación (los hechos nunca se produjeron), la disminución (los hechos han sido exagerados y no eran para tanto), compensación (el número de víctimas del Holocausto frente al número de víctimas de los bombardeos

de las ciudades), relativización de la compensación (otros hicieron lo mismo o más) y la recalificación (no era un campo de concentración sino un centro de prisioneros). Alberto Reig Tapia (Reig Tapia, 2006), explica como en España, en relación a la Guerra Civil y al posterior desarrollo del franquismo, este tipo de mecanismos han sido asumidos por un sector que se ha profesionalizado en la historiografía que él califica como *historietografía*. Los autores a los que hace referencia Reig Tapia, en muchos de los casos, ignoran las investigaciones científicas rigurosas y extensas, para retrotraerse a argumentaciones y explicaciones propias del entorno intelectual franquista, o a tal como las formularon los propios protagonistas sin, a menudo, citar o hacer referencia a las fuentes a las que se remontan. Encontramos, pues, mecanismos comunes que distorsionan, minimizan, relativizan, reformulan o niegan hechos históricos y las experiencias traumáticas vitales asociadas a ellos en la tradición de la (re)elaboración del relato histórico en contextos como la Guerra Civil, el franquismo o el Holocausto. Esto nos lleva a la pregunta de si la evolución de estas tendencias y mecanismos, una vez que se ha implementado y extendido el uso de las tecnologías de la información y transmisión, ha podido ser reducida o si, por el contrario, ha recibido un impulso de mayor contaminación. Los procesos de digitalización y de difusión masiva introducidos por las nuevas tecnologías no resultan, en absoluto, inmunes a los mecanismos de distorsión y negación a los que hemos hecho referencia anteriormente, sino que, de hecho, funcionan como amplificadores de los mismos a través de lo que popularmente se conoce como *fake news*. La posibilidad del anonimato o la creación de falsas identidades en la red sirven para crear una desconexión, y a veces impunidad, entre el autor de manipulación y la identidad atribuida o percibida por los receptores de tales bulos y engaños. El manejo de herramientas tecnológicas como editores de imagen, de texto y de vídeo, al alcance de un amplio público de forma rápida y sencilla, facilita la introducción de elementos abusivos tendentes a la parcialidad, manipulación y falsificación en el relato histórico y político. La alta implantación que tiene la tecnología de la información y las redes sociales y la popularidad de las que gozan, unidas al hecho de que el consumo de las mismas está en cotas muy elevadas, facilita que la propagación de relatos distorsionados o negacionistas proliferen en plataformas como WhatsApp, Telegram, Twitter, Facebook o Tiktok, entre otros. El uso tan extendido en cantidad de acceso, pero también en tiempo de permanencia y la iniciación temprana en el uso, tiene como consecuencia que el consumo, por el alto grado de familiaridad ad-

quirido con estas herramientas, se lleve a cabo con un bajo nivel de la precaución o, incluso, con una total ausencia de sentido crítico hacia los contenidos ofrecidos o su forma de presentarlos.

La velocidad voraz de propagación de estas prácticas, exige de un nivel alto de alfabetización digital avanzado y de un andamiaje de pensamiento crítico para prevenir una excesiva simplificación y polarización de la realidad que, a menudo amenaza con la culminación en un revisionismo histórico instrumentalizado. El peligro implícito a la institucionalización de estas formas de proceder, no ha pasado desapercibido al mundo de la enseñanza que intenta contrarrestar dicha tendencia con la formación del profesorado en competencias digitales docentes.

Evidentemente, también, los avances tecnológicos conquistados en aspectos como el almacenamiento masivo y la conservación segura de la información mejoran, no solo el acceso a las fuentes primarias y los trabajos de otros investigadores, sino que también la evolución de las herramientas digitales de difusión instantánea posibilita una mayor capacidad dialógica y universalizan la disponibilidad de los hallazgos. Pero precisamente en esta ventaja también reside un inconveniente no menor, porque el aumento exponencial de la producción de investigaciones genera un maremágnum cuyo manejo se da, casi siempre, por sentado pero que no lo está de forma tan generalizada como se presupone. Nos encontramos aquí ante lo que Aleida Assmann (Assman, 2010) plantea como las dos caras de la misma moneda que son el archivo frente al depósito basura. Los contenidos de los archivos son aquellos que, por el motivo o criterio que sea, han sido seleccionados para quedar accesibles a la posterioridad. El basurero, por el contrario, se compone de aquello que ha sido descartado por insignificante o porque ha sido declarado indigno de la memoria. En la era digital, sin embargo, todo queda archivado de una manera indiferenciada, lo que complica la búsqueda y la comprensión de las decisiones tomadas en torno a la configuración del relato histórico. Prácticamente se podría asumir que como los límites de la capacidad de conservación han aumentado casi de forma ilimitada, no apremia la necesidad de condenar al ostracismo del basurero o preservar del olvido. Este síndrome de Diógenes en el que deriva la acumulación caótica de documentos tiene un impacto directo sobre el relato histórico, sobre el que se debe construir el nuevo imperativo categórico adorniano. Como ya indica Paul Ricouer (Ricouer, 2003), el propio hecho de archivar ya constituye el primer paso de la escritura material de la historia. Y, este paso queda altamente

comprometido, al disponer de una capacidad de almacenaje tendente al infinito y declarar innecesaria toda acción selectiva. El nuevo archivo, el digital, ya no se rige por un sistema de archivadores, estanterías o pasillos que responden a una arquitectura o disposición premeditada, aunque, por supuesto, también puede padecer de severas disfunciones por falta de mantenimiento, presupuesto, u organización, estas disfunciones, normalmente, son evidentes o, al menos, detectables. El almacenaje digital es indiscriminado ya que, de repente, cualquier persona con acceso a internet se convierte en archivero, sin embargo, la recuperación de los documentos relevantes precisa de una aproximación mucho más crítica y cualificada por la desaparición de las propias categorías del sistema de archivo.

El desafío tecnológico de Adorno.

La inevitable constatación de que la tecnología está cada vez más presente en el ámbito de la producción científica y de la reflexión filosófica va necesariamente acompañada por la conclusión de que el uso de la misma, aunque ofrece infinitas soluciones en forma de herramientas que aceleran, simplifican procesos de adquisición y transmisión de la información, amplían el acceso y el almacenaje de documentos a cotas hasta hace poco imposibles de imaginar, también propician nuevas situaciones de riesgo como el plagio, la sobreinformación, además de facilitar la proliferación de distorsiones y negaciones de forma más eficiente de lo que en la era anterior, la analógica, jamás había podido ser sospechado. El hecho, de que exista un mayor número de herramientas tecnológicas y aplicaciones para dispositivos móviles disponibles y que estas se usen de forma masiva, desde ya hace varios años, y que estas faciliten a un mayor número de ciudadanos el acceso a datos, informaciones y estudios, no ha mejorado el nivel de conocimiento y comprensión que experimenta la población sobre cuestiones tan relevantes como lo son el Holocausto o la Guerra Civil Española. El inexorable proceso de implementación tecnológica, tanto en su intensidad como en su extensión, no ha podido evitar ni minimizar el impacto ya preexistente de procesos distorsionadores o, incluso, negacionistas. De hecho, determinados formatos de comunicación instantánea como las redes sociales, parecen, no solo, ser resistentes a la inhibición de estas tendencias, sino que han demostrado desempeñar la función de ca-

talizador perfecto para la difusión de ideas negacionistas o de distorsiones de hechos y relatos históricos.

La ingente cantidad de información creada o recibida hace muy difícil, incluso al ciudadano cualificado y provisto de sentido crítico, no naufragar en el océano de la sobreinformación que prácticamente no filtra ni descarta nada, a la vez que no discrimina ni organiza lo disponible. La tecnología, que engulle todos los ámbitos de la vida, y por supuesto, también de la historia y su relato, es a su vez fagotizada por una sociedad insaciable que ya no tiene tiempo para el reposo. Lo que nos deja en la tesitura de que el propio desarrollo tecnológico por sí mismo va acercarnos a la concreción de que Auschwitz no se repita, y, por lo tanto, a que llevemos a cabo el imperativo categórico impuesto por Adorno.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. W. (1984). *Dialéctica negativa*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Assman, A. (2010). *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*. München: Beck.
- Brenneisen, M. (2011). *Das Konzentrationslager Mannheim-Sandhofen im Spiegel der Öffentlichkeit*. Mannheim: Tectum Wissenschaftsverlag.
- COMRES. (2018). *CNN – Anti-Semitism in Europe Poll 2018*. Londres: COMRES.
- European Commission. (2018). *Connectivity: Broadband markets development in the EU*. Bruselas: European Commission.
- Pettigrew, A., Foster, S., Howson, J., Salmons, P., Lenga, R.-A., & Andrews, K. (2009). *Teaching About the Holocaust in English Secondary Schools*. Londres: University of London.
- Reig Tapia, A. (2006). *Anti-Moa*. Barcelona: Ediciones B.
- Ricouer, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- Rürup, R. (2014). *Der lange Schatten des Nationalsozialismus*. Göttingen: Wallstein.
- Santayana, G. (1954). *The Life of Reason*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

